

DOS MANERAS DE ENTENDER LA VIDA⁸⁵

Para muchos de nuestros contemporáneos sólo hay una manera de entender y de aceptar la vida. La comprenden y la aceptan como un esfuerzo incesante, rápido y continuo para acumular oportunidades y conocimientos, recursos y riquezas que les procuren una existencia fastuosa, plena de comodidades materiales y salpicada de vistosas apariencias, que les permitan vivir como grandes señores, alternar con la “crema” de la sociedad y darse esas pequeñas satisfacciones que a la vanidad tanto halagan, y que las más de las veces suplen, en el hombre frívolo, a los ideales ausentes y a los impulsos de generosidad y de altruismo, lamentablemente desterrados.

Nuestra civilización vive bajo el signo “pesos”, agobiada por la doble tiranía del dólar y de la velocidad. Cual más, cual menos, todos nos sentimos presa de necesidades abrumadoras, artificiales en su mayor parte, pero que a toda costa y a toda prisa hay que satisfacer.

Aun los más modestos y deseosos de calma son arrastrados por el torbellino de lo vertiginoso, impelidos por el ritmo apresurado y violento de una civilización que se ha vuelto un kaleidoscopio y que todo lo sacrifica al ansia de la posesión del dinero y del vértigo del placer.

Vivir intensamente, estar en todo al día, gustar de prisa la existencia, competir con los rivales, trabajar, si es preciso, hasta el agotamiento, con tal de alcanzar lo más pronto posible una deslumbradora posición económica y de amontonar para ello ganancia sobre ganancia y peso sobre peso; tal es el curioso, el sorprendente y nada seductor ideal del hombre de nuestros días.

Imposibles la calma y el reposo, cuando lo que se busca es sorprender a la fortuna, llegar a la cumbre primero que otros, fascinará al vecino o al émulo con una vacua, pero ineludible, ostentación de superioridad.

¿Meditar? ¿Para qué? Es perder un tiempo precioso. ¿Concentrarse en sí mismo? Es cosa irrealizable, cuando otros nos vienen pisando los talones.

⁸⁵ *El Universal*, 23 de octubre de 1946.

Todo es improvisación y todo es cálculo, todo es velocidad y festinación. Estudiar intensamente y a fondo los problemas, los hombres y las cosas que nos rodean, es punto menos que imposible, pero cuando los sucesos se precipitan y las complicaciones apremiantes nos envuelven.

En esta época de ajetreo incesante, de turbulencia y zozobra ¿cómo encontrar la manera de ahondar en nosotros mismos, en los hombres y en los fenómenos que a nuestra vista pasan y se suceden con fantástica rapidez?

Se comprende, por los mismo, hasta qué punto tiene que sorprender y que desconcertar a nuestros vecinos los norteamericanos —prototipos del hombre contemporáneo— las costumbres y las actitudes que todavía conservan, para bien suyo, nuestras poblaciones indígenas.

De ese azoro nos da sabrosísima muestra un inteligente periodista norteamericano, Mr. J.P. McEvoy, en jugosa crónica que el “Reader’s Digest” acaba de publicar.

Con verdadera atingencia y con poderosa ironía nos transmite Mr. McEvoy las impresiones que le produjo su visita a un pequeño poblado de indígenas de la más pura raza maya, perdidos allá, en remotísima meseta a 2150 metros sobre el nivel del mar, de una escarpada serranía de Guatemala.

Lo que primero llamó la atención al perspicaz McEvoy fue el modo de ser tranquilo y silencioso, rayando a veces “en indiferencia granítica”, que constituye el fondo del carácter del indio guatemalteco (tan cercano y parecido, dicho sea de paso, al de sus congéneres mexicanos).

“Si el indio guatemalteco es el ser humano más silencioso, el turista estadounidense —subraya— es indiscutible el más estruendoso.”

Para el indio, en efecto, no existen los problemas que con todo artificio crean lo que nosotros llamamos cultura. El no se atormenta por acaparar riquezas, ni pierde el sueño ni la paz interior por preocupaciones o cuidados de carácter económico. Vive él al día, trabaja tan sólo para satisfacer sus necesidades más elementales; de tal modo, que él no quebranta su salud ni perturba su vida a fuerza de meterse en honduras y complicaciones. “No caen muertos de un ataque al corazón, ni llenan las casas de salud devorados por la sicosis”.

Al no ser esclavos del deseo ni de la ambición, ni de la vanidad, ni de la codicia, pasan por el mundo serenos, imperturbables y estoicos. Su sosiego interior no es alterado por la búsqueda desesperada del dólar ni por la persecución ansiosa del placer. Con bien poco se conforman, no se desvelan inventando la manera de superar, de exprimir o de deslumbrar al prójimo, y tienen sobre los occidentales un mérito indiscutible: el de realizar el ideal de no depender de los demás para la obtención del pan cotidiano. Ellos se bastan a sí mismos.

“Con sus propias manos cultivan todo lo que necesitan comer, tejen todo lo que necesitan ponerse y hacen todo lo que necesitan vender. Cada uno de ellos es un hombre de negocios, sin pagarés o libranzas que se le verzan, ni problemas de patronos y operarios ni sabuesos de impuestos que anden husmeando sus libros.”

No olvidan, por supuesto —¡eso jamás!— sus deberes religiosos. Místicos y soñadores por naturaleza, hombres de vida interior, nunca dejan de acudir al templo los domingos y días festivos, para rendir culto a la divinidad. “Mientras la mujer y los hijos se arrodillan en silencio, el padre de familia reza una pintoresca canción en la que confusamente se mezclan santos y apóstoles, vírgenes y mártires. Una vez que ha cumplido con esto, se marcha, seguro en su fe y con la serena satisfacción de que ha hecho todo lo que razonablemente puede esperarse de un hombre”.

El europeo, el norteamericano, el que sigue las normas de la cultura occidental, no entiende así las cosas. A él le gusta, le encanta complicarse la vida y abrumarse con tareas, con cuidados y nimias preocupaciones. Sobresale en el absurdo arte de “calentarse la cabeza”, de hacerse la vida azarosa, difícil y complicada.

Por eso los blancos no comprenden ni comprenderán jamás a los indios.

Así lo dejó ver, en forma indudable, cierto turista que acompañó en parte de su jira al jovial McEvoy.

Para dicho turista, rápido en sus juicios y desconcertado por el ambiente, el indio guatemalteco no pasa de ser un ente perezoso e incurablemente enfermo de apatía, ya que no abriga esas desorbitadas ambiciones, propias de la gente de blanca tez y dinamismo formidable. Pero no acababa de externar esa observación cuando tropezó su vista con un pesado bulto del que un indio, diminuto y débil al parecer en ese instante se descargaba.

El malicioso McEvoy rogó a su compañero de excursión se tomase el trabajo de levantar aquel bulto; lo que ciertamente intentó, pero que a pesar de todos sus esfuerzos no pudo conseguir.

Aquellos indios no eran según eso, tan perezosos como él con ligereza supuso.

Creció su asombro cuando McEvoy le hubo explicado que aquel indio, cuyo dinamismo había puesto en duda, había venido caminando con el pesado fardo a cuestas, durante varias horas y en un penoso recorrido de muchas leguas a través de la serranía.

El terco turista no se dio por vencido, sino que aludiendo, sin duda, a esa tendencia del indio a conservarse fiel a sus tradiciones de frugalidad y de moderación, al no salir de su paso al no dejarse contagiar por las costumbres

de febril actividad del blanco, insistió, rabioso, en su crítica: “Pero eso no es progreso —gritó—. ¡Viviendo así no se puede ir a ninguna parte!”

McEvoy, irónico, le contesta: “Pero cómo ¿para qué demonios quieren ellos ir a ninguna parte, si aquí, donde están, son felices?”

Las sorpresas continúan. Pasa bailando un grupo de indios, que a poca distancia interrumpe su baile para lanzar al espacio algunas docenas de cohetes.

“Quizá tenga usted razón en sus críticas —asevera McEvoy irónicamente—. Quizás lanzar bombas atómicas sea progreso, y quizá quemar unos pocos cohetes inofensivos, por el solo placer de quemarlos no sea progreso sino retroceso y barbarie.”

Vencido a medias el turista murmuró: “¡Caramba! Tal vez en la vida de estos hombres hay algo...”

“Algo —repuso McEvoy— que a nosotros nos convendría muchísimo aprender. Ellos han hecho más que librarse de la necesidad: SE HAN LIBERTADO DE LA AMBICION.”

En estas pocas palabras está todo el secreto, allí está toda la diferencia, todo el contraste, entre las dos culturas: entre la cultura dinámica y arrolladora (iba yo a decir “devastadora”) y la otra cultura, parsimoniosa y quieta, reposada y estoica, que odia la aventura y la brusca innovación, que sólo tiene fe en la tradición, en la segura prudencia y sabiduría de los viejos, de los antepasados, expertos creadores de los usos y de las buenas costumbres.

Pero como para los prejuicios o para las prevenciones, o para la especial idiosincrasia del hombre del Occidente, resulta incomprensible e inaceptable esa postura de desprendimiento, de austeridad y de renunciación, cabría tal vez insinuar una tercera forma de entender la vida: la menos practicada en el día pero que fue, sin embargo, la que nuestros abuelos o nuestros padres consiguieron y entendieron: la vida sencilla, sin fausto y sin grandes exigencias, sin inquietudes ni apremios, sin prisa para subir y para atesorar. O dicho de otro modo: esa orientación de la vida hacia la consecución del bienestar, no de la opulencia; de la paz hogareña y de la quietud interna, que jamás se compararán con esa manía del lucro a toda costa, con esa obsesión de las fastuosidades, con ese delirio febricitante que acaba por enloquecer la hombre, a fuerza de exigirle el desgaste y la disipación de sus energías, con la sola finalidad, por el solo prurito de la adquisición de un puñado de monedas, de una fortuna precaria, o de la satisfacción de vanidades pueriles, de goces efímeros que no vale la pena alcanzar si ello ha de ser a costa de la salud del cuerpo y de la quietud del alma.